

# Pedro Arrupe, un místico para el siglo XXI

**por Ignacio Iglesias, S.J.**

*Conferencia pronunciada  
el 30 de octubre de 2007*

Forum Deusto



# Pedro Arrupe, un místico para el siglo XXI

Ignacio Iglesias, S.J.\*

## Saludo

Un místico, cristiano, por supuesto. Porque el sustantivo, «místico», ya hace siglos lo venimos regalando a miles de fenómenos de difícil, cuando no imposible, homologación, y a los autores o receptores de los mismos. Lo podemos localizar en tres grandes campos:

1.º) el de las experiencias de verdadera transcendencia: fenómenos de alta carga religiosa, cristiana o no, recibidos en modos, que superan las formas cognitivas habituales. Es precisamente este carácter de «recibidos», junto a lo extraordinario del objeto conocido, lo «fuera de la realidad» habitual dominada por el hombre, y a lo inenarrable de «la unión», del «contacto inmediato» (son expresiones místicas habituales) como forma de producirse el conocimiento, lo que diferencia estas experiencias de verdadera transcendencia de los otros dos campos:

2.º) el de construcciones humanas de transcendencias inmanentes, mediante proyecciones y exaltación a absoluto de conceptos, valores, hechos humanos... (patria, ciencia, raza, clases sociales, naturaleza, familia, cosmovisiones...), que con frecuencia alimentan adhesiones de tipo cuasireligioso, y

3.º) el de sacralizaciones de la propia subjetividad, «afirmación de un absoluto, alcanzado a través de una técnica refinada, al término de una introversión purificadora y despojante y ofrecida como tal por la

---

\* *IGNACIO IGLESIAS, S.J.*, es escritor y director de Ejercicios. Es jesuita desde 1941. Cursó su formación en Salamanca, Comillas, Frankfurt a.M y Gandía. Fue Vicerrector del Seminario Menor Comillas; Rector del Teologado S.J. Comillas; Provincial de la Provincia S.J. de León; Asistente del P. Arrupe para España y Portugal (1972-1981); Provincial de la Provincia S.J. de España; Director del Secretariado Interprovincial de Ejercicios, de la revista *Manresa* y de la Colección *Manresa* (1987-2004).

sola iniciativa humana... Un esfuerzo de superación de lo contingente para buscar en sí mismo su absoluto en que reposar».<sup>1</sup>

Por el otro extremo, podemos encontrar también la banalización del término, etiquetando de «místicos» en sentido despectivo a hombres y mujeres fuera de la realidad, una especie de extrarrestres del espíritu, parásitos, de quienes la sociedad pasa de muy diversos modos.

¿Y si descubriésemos que un hombre como Pedro Arrupe, a quien nadie negará compromiso hasta lo más hondo con todo lo humano, ha sido capaz de ese compromiso precisamente por místico de los de experiencias de verdadera transcendencia? A ello dedico esta modesta exploración no terminada.

## Entrada

Cuando después de las vacaciones de Navidad de 1926, al reanudar de nuevo el segundo trimestre del cuarto curso de Medicina en enero de 1927, no apareció Pedro Arrupe por la Facultad en Madrid, y empezó a correrse entre sus profesores y compañeros su decisión de entrar en la Compañía de Jesús, no hubo entre ellos por mucho tiempo otro tema de conversación. Símbolo de todos sus comentarios fue la violenta reacción del profesor Juan Negrín, posteriormente Presidente de la II República española, negándose, de momento, a firmar el acta de concesión de beca de curso, y escribiendo después a sus hermanas para que no consintieran que Pedro abandonara la carrera en la que prometía llegar muy lejos. Más tarde le visitaría en Loyola para sincerarse con él y confesarle que había querido tentarle a que abandonara la vida religiosa y volviera a la Medicina.<sup>2</sup>

La decisión que tomó Arrupe la expresa él mismo, ya entonces, sin pretenderlo, en terminología propia de la experiencia mística, describiendo los componentes de la misma, cuando se refiere a su experiencia de un mes en Lourdes en el verano de 1926: *Sentí a Dios tan cerca en sus milagros, que me arrastró violentamente detrás de sí. Lo vi tan cerca de los que sufren, de los que lloran de los que naufragan en esta vida de desamparo, que se encendió en mí el deseo ardiente de imitarle en esta voluntaria proximidad a los desechos del mundo, que*

---

<sup>1</sup> ANCILLI Ermanno, *Diccionario de espiritualidad*, Herder, Barcelona, 1983, vol. II, p. 625.

<sup>2</sup> LAMET, Pedro Miguel, *Arrupe, un profeta para el siglo XXI*, (9.ª ed), Temas de hoy, Madrid, 2002, pp. 65-66.

*la sociedad desprecia, porque ni siquiera sospecha que hay un alma vibrando bajo tanto dolor...*

*Sanar los cuerpos es, sin duda una magnífica obra de caridad, si se hace con espíritu divino. No hay quien lo dude. Pero en un violento cambio de dirección. Dios me llamó para curar las almas, que también enferman, y enfermando mueren, con una muerte que ya no tiene resurrección.*<sup>3</sup>

«Sentí», «me arrastró violentamente», «lo vi», «se encendió», «deseo ardiente», «me llamó», «violento cambio de dirección» son términos habituales de una percepción experiencial del Misterio-Dios, ingredientes descriptivos de la misma. Aluden no a un experimento directo de la realidad captada y, menos, a un experimento provocado y programado por el hombre, ni a un contacto sensible y verificable con la realidad conocida, como en nuestros contactos habituales con lo que vulgarmente denominamos realidad; tampoco a conclusión de una reflexión teórica argumentada por el hombre. Sí, en cambio, al impacto de una relación personal nueva, que el ser humano percibe como inmediata y recibida, que difícilmente y siempre de forma insatisfactoria traduce en conceptos, que incluso se ve forzado a inventar, y que afecta en lo profundo a la persona, mediante una transformación, de la que derivan consecuencias de vida visibles y verificables. No se trata de experiencias puntuales, aisladas, aunque haya nacido de ellas y pueda alimentarse de ellas, sino de un estilo de vida, que incluye en sí su propia razón de ser, y al que, como a la vida, le es connatural el crecimiento.

Mi propósito es sencillo: (1) Explorar y describir brevemente la experiencia mística —recibida, no elaborada— de Pedro Arrupe, bien conocido y reconocido por su entrega y sus actuaciones en otros niveles sociales, humanos, religiosos..., de evidente y aún perdurable influjo en muchos campos de nuestro mundo; (2) perseguir la relación entre estos niveles de acción y aquella dimensión mística; (3) a fin de concluir, si es posible, el servicio ejemplar de una mística, como la de Arrupe, para quienes hemos empezado a vivir el siglo XXI, que él no logró, por poco, alcanzar a ver, pero ciertamente contribuyó a alumbrar.

## ¿Qué es un místico?

Pero, antes de nada, ¿qué es un místico y, ya directamente, un místico cristiano? No me pidáis una definición. Las cosas de Dios no

---

<sup>3</sup> ARRUPE Pedro, *Este Japón increíble* (3.<sup>a</sup> ed.), El Siglo de las Misiones, Bilbao, 1965, p. 18.

se definen. A lo más se describen, a través de la descripción que el propio místico, sin arrogarse título de tal, hace de su propia percepción espiritual, con el pobre equipo de su lenguaje humano. Así Arrupe. Y no como quien teoriza, sino como quien retrata, se autorretrata. Por instantáneas. Intento sucintamente acompañar esa *teología narrativa*, que es el lenguaje de la experiencia mística, relato al fin, ella en sí misma, de la comunicación más sublime de que es capaz el ser humano. Una de mis sorpresas ha sido la de verificar que la bibliografía, a lo largo y a lo ancho de todas las culturas, sobre la mística y los místicos es ingente,<sup>4</sup> signo, a la vez, de que la realidad existe y de que es, como su objeto, Dios, inabarcable.

Es inevitable, más aún, necesario partir, como de raíz, de la aspiración fontal de todo ser humano a trascenderse. Nadie la expresó con más acierto que San Agustín: *Nos hiciste, Señor para Ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en Ti*. La experiencia mística, como relación personal con el Misterio, del que la persona resulta encendida cuando lo toca, ha ido ganando estima en la historia humana. Estudiosos del hecho religioso van más allá, hasta referirse a la experiencia mística como al núcleo mismo de la religión.

Juan de Dios Martín Velasco, por ejemplo, se refiere, en general, a la experiencia mística, como a *experiencias interiores, inmediatas, frutivas, que tienen lugar en un nivel de conciencia que supera la que rige en la experiencia ordinaria y objetiva, de la unión —cualquiera que sea la forma en que se la viva—, del fondo del sujeto con el todo, el universo, el absoluto, lo divino, Dios o el Espíritu*.<sup>5</sup> El místico propiamente no describe la realidad por la que ha sido desbordado, sino su propia experiencia inenarrable, la producida en él por esa realidad que le ha invadido y desbordado.

---

<sup>4</sup> Doy por referencia imprescindible en el tema el *Dictionnaire de Spiritualité*, G. Beauchesne, Paris (17 vols.) pp. 1932 y ss, y de fácil acceso otros Diccionarios: *Diccionario de Mística*, serie de Diccionarios San Pablo, Madrid, 2002, p. 1785; *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, serie de Diccionarios San Pablo, 1991 (4.ª ed); *Diccionario de espiritualidad* (ed. Ermanno Ancilli), Herder, Barcelona, 3 vols., 1983-84; *Diccionario de la Mística*, Monte Carmelo, Burgos, 2000, *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, G.E.I., Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2007, p. 1816. Como breve muestra bibliográfica reciente: MARTÍN VELASCO, Juan de Dios, *El fenómeno místico. Estudio comparado*, Editorial Trotta, Madrid 1999, p. 509; *Mística y humanismo*, P.P.C., Madrid, 2007, p. 251, ambos con abundantes referencias bibliográficas actuales. Cfr. también artículos citados en el presente texto.

<sup>5</sup> MARTÍN VELASCO Juan de Dios, *El fenómeno místico*. o.c., p. 23.

Ya en el campo de las místicas religiosas propiamente tales, el mismo autor concluye como caracterizante de los místicos de todas las tradiciones, el ser *personas que han «visto», han «oído», han «gustado»* —la terminología es amplísima—, *en una palabra, han entrado frente a la realidad última: Dios, lo divino, el Misterio* —eje, en torno al cual se organizan los diferentes elementos de los sistemas religiosos—, *en esa relación ejercida, vivida, padecida, que resumimos como experiencia o relación experiencial... El místico es alguien que ha entrado en contacto personal, vivido, con la realidad última a la que todas esas «piezas» del sistema remiten.*

Aún más. *El místico religioso..., nacido generalmente en una tradición y un sistema religioso, no se contenta con incorporar las noticias, el conocimiento que sobre el Misterio procuran las creencias, los ritos, las instituciones de su propia religión, sino que rehace personal, experiencialmente, el proceso originario de toma de contacto personal con el Misterio, que ha cristalizado en el sistema de mediaciones de la propia religión.*<sup>6</sup>

Cerramos más el zoom de nuestro objetivo sobre el místico cristiano propiamente tal. Su toma de conciencia experiencial de la Presencia del misterio de Dios en la intimidad del creyente, tiene características singulares, específicas, en las religiones cristianas, con base en el hecho fundamental de que el Dios Misterio ha acercado a Sí al ser humano, al acercársele Él en la Persona de Jesucristo, Dios y hombre. Apunta certeramente Cristina Kaufmann, ella misma una mística, cuando afirma: *El centro absoluto del concepto «mística» no es una escuela, no es un pensamiento, no es una experiencia de la humanidad en general, es una persona, es el Hijo eterno del Padre, que por obra del Espíritu Santo se encarnó e hizo posible absolutamente la comunión con Dios para los seres humanos y, en ellos, para toda la creación. En Cristo se da el acontecimiento místico absoluto, Él es el acontecimiento místico porque Él es persona divina y, hombre verdadero, en Él se realiza la total unión y comunión entre Dios y el hombre. Él es el Misterio al que el ser humano tiende en cuanto es Hijo del Padre y su Espíritu es Espíritu Santo. En la Trinidad tiene su origen sin origen la comunicación del Misterio y el Verbo en su Encarnación abre esta comunicación a las criaturas.*<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> MARTÍN VELASCO, *El fenómeno místico*. o.c., pp. 289-290.

<sup>7</sup> KAUFMANN Cristina, art. *Mística*, en *Conceptos fundamentales del Cristianismo* (eds. Casiano Floristán y Juan José Tamayo), Edit Trotta, Madrid, 1993, (818-827) 819.

Pedro Arrupe hubiera suscrito estas afirmaciones. Más aún, las formuló equivalentes, bien lejos de referirlas expresamente a la «mística» y, mucho menos, a su propia persona. En sus años de General empezó a circular de mano en mano, como moneda cristiana, la revolucionaria afirmación profética de Karl Rahner: *El cristiano del futuro, o será un místico, o no será cristiano*.<sup>8</sup> Arrupe conocía, y compartía, el pensamiento sobre la mística de Karl Rahner, que no concebía el hacer teológico propiamente tal, sino vinculado a la experiencia mística. No soy el único testigo de cómo interesó a Arrupe particularmente la interpretación divulgativa, que Rahner hizo de la experiencia inmediata de Dios en Ignacio de Loyola.<sup>9</sup>

El lenguaje y teología de la mística no eran extraños a Arrupe. Abierto sobre su mesa y tomando notas sobre él, no recuerdo en qué contexto, vi más de una vez el libro, entonces novedad, hoy ya un clásico, de Jean Mouroux, *L'expérience chrétienne*.<sup>10</sup> Pero ya antes, en Japón, una de sus primeras y más difíciles aventuras misioneras, —así lo afirmó él mismo—, fue lanzarse a traducir al japonés las obras de San Juan de la Cruz, por más cercano al alma japonesa y más afín a su mística de belleza y de la naturaleza, que la teología racional y escolástica de Occidente.

Sin duda su referencia más inmediata y familiar a la mística es Ignacio de Loyola, en quien constantemente se mira y de quien constantemente aprende.<sup>11</sup> Ambos clavan la raíz cristiana de sus vidas en el misterio de la Encarnación *centro y meta de toda mística cristiana...*

---

<sup>8</sup> RAHNER Karl, *Elemente der Spiritualität der Kirche der Zukunft*, en «Schriften zur Theologie» XIV, Einsiedeln, Benzinger, 1980, p. 161.

<sup>9</sup> Pone en boca de Ignacio de Loyola: *Cuando afirmo haber tenido una experiencia inmediata de Dios, no siento la necesidad de apoyar esta aseveración en una disertación teológica sobre la esencia de dicha experiencia, como tampoco pretendo hablar de todos los fenómenos concomitantes a la misma, que evidentemente poseen también sus propias peculiaridades históricas e individuales; no hablo, por tanto, de las visiones, símbolos y audiciones figurativas, ni del don de lágrimas o cosas parecidas. Lo único que digo es que experimenté a Dios, al innombrable e insondable, al silencioso y sin embargo cercano en la tridimensionalidad de su donación a mí. Experimenté a Dios, también y sobre todo, más allá de toda imaginación plástica. A Él que, cuando por propia iniciativa se aproxima por la gracia, no puede ser confundido con ninguna otra cosa.* (RAHNER Karl, *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*, Sal Terrae, Santander, 1978, p. 32 (4-5).

<sup>10</sup> MOUROUX Jean, S.J. *L'expérience chrétienne. Introduction a une théologie*. Aubier, Éditions Montaigne, Paris, 1954, p. 377.

<sup>11</sup> MANRESA, *Revista de espiritualidad ignaciana*: vol. 76, n. 301, oct.-dic. 2004: *La mística ignaciana (I)*. Tradición de una novedad 331-406 y vol. 77, n. 305, oct.-dic. 2005: *La mística ignaciana (II)*. Novedad de una tradición, pp. 323-410.

Los evangelios presentan a Jesús como el hombre que viene del misterio, proclama, revela el misterio de palabra con gestos de salvación, misericordia y perdón y ofrece esta comunión con el misterio e invita a la relación filial con el Padre y a la relación fraterna con todos los que el Padre tiene como hijos. Pero no sólo ofrece la comunión con el misterio, sino que sus gestos y su presencia toda son el misterio mismo.<sup>12</sup> Los *Ejercicios Espirituales*, centro y vida del ensayo de camino cristiano, que son, rezuman la gran experiencia mística de Ignacio, como comunicación *inmediate* de la criatura con Dios y de Dios con la criatura.<sup>13</sup> De los *Ejercicios Espirituales* también manó la experiencia mística de Arrupe, que había de desembocar en la cadena de decisiones que fue su vida.

## Todo empezó en Loyola

*Mi decisión se fue fraguando de una manera que hoy resulta imposible precisar con exactitud. Fue lenta, fue el fruto maduro de una evolución que iba madurando impresiones pasadas. Por eso no puedo señalar el último instante que viví sin vocación y el primero en que sentí tenerla. Lo más que puedo perfilar, en deseo de exactitudes, es que durante una «época» determinada no la tuve, y que al llegar a otra, amplia y sin límites fijos, experimenté la certeza absoluta de tenerla... Era una prueba terrible, porque es romper por voluntad propia lo que no se tiene obligación física de romper. Y la obligación moral es de tal naturaleza, que, siendo fuerte, no es bajo pecado. No se cruzan por medio los mandamientos del Decálogo. Tan sólo lo hacen los consejos de perfección que Cristo nos dejó en el Evangelio. No es, pues, un combate que deba romperse en nombre del deber, sino de la generosidad.<sup>14</sup>*

Esta decisión, que Arrupe define como fruto de una certeza interior, le abrió el portón del viejo noviciado de Loyola para siempre. En quince líneas despacha Arrupe sus primeros cuatro años de jesuita en

---

<sup>12</sup> KAUFMANN C., o.c., p. 819.

<sup>13</sup> LOYOLA Ignacio de, *Ejercicios Espirituales*, p. 15. Donde *inmediate* no significa un cara a cara como entre realidades del mismo género. Ni los sentidos interiores y exteriores hacen visible al invisible, ni las ideas propias o ajenas dan forma al inabarcable, ni las palabras propias o ajenas dicen al inefable. Es una advertencia al que da Ejercicios para que no interfiera en la relación singular que se desea, que pueda producirse entre Dios y el ejercitante, y para que no trate de condicionar la oscuridad o luz de la relación misma o su certeza posible en todo caso.

<sup>14</sup> ARRUPPE P., *Este Japón increíble*, o.c., pp. 18-19.

Loyola, para relatar todo lo que allí sucedió, enhebrado por el hilo de la experiencia espiritual de los Ejercicios anuales, que Arrupe no etiqueta de experiencia mística, pero que lo es: *...me encerré con Cristo en un ambiente, que el profano ignora, equidistante del mundo y de la eternidad. Eso son los Ejercicios. Un cerrar los ojos a lo que viene de fuera, para seguir en la tierra sin contemplarla y un abrirlos a los valores eternos para posesionarnos de ellos, a pesar de la doble barrera del tiempo y del espacio.*<sup>15</sup> *En el curso de mis Ejercicios anuales de ocho días, tuve la clara «visión» de que mi vocación era misionera y me conduciría al Japón. Y no me pregunte qué significa «visión»: se trata de una experiencia íntima, que ninguna palabra puede describir y que sólo se comprende por su despliegue en el tiempo.*<sup>16</sup>

Experiencia íntima, indecible, pero verificable en lo que Arrupe llama *despliegue en el tiempo*, con lo que significa que esa experiencia no es un hecho puntual, aislado en sí mismo, un fogonazo, sino que perdura, como el incendio provocado por ese fogonazo, en una relación viva y nueva, que marca profundamente a la persona en su forma de ser cristiana. El Arrupe místico la percibe, la padece o la goza, en formas indescriptibles en el mundo de su afectividad y de su sentimiento, como una invasión gratuita, iniciativa del Dios-Misterio, recibida de fuera, como una posesión por la que la persona es tomada por entero, en la que voluntariamente se deja anegar, y sin la que ya no puede vivir.<sup>17</sup> Arrupe significa, además, con ese *despliegue en el tiempo* que, como místico de raza, se asegura la calidad de lo que le va sucediendo, mediante el control del tiempo, de los hechos de vida, de los hermanos, de la Iglesia...

---

<sup>15</sup> *ibid.* p. 20.

<sup>16</sup> Pedro Arrupe, *Itinéraire d'un jesuita*, entretiens avec Jean-Claude Dietsch, S.J., le Centurion, Paris 1982, p. 18.

<sup>17</sup> Ignacio de Loyola describe así uno de esos momentos, que él sintetiza como «ilustración tan grande», «una grande claridad», no por vía de erudición o de reflexión: *Una vez iba por su devoción a una iglesia que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo, y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó junto al río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibí una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como aquella vez sola* (Autobiografía, p. 30).

La experiencia mística sucede en el yo profundo, concentrando en sí, por vía de simplificación y culminándolos, todos los procesos cognoscitivos habituales de la persona en otros niveles de experiencia religiosa cristiana. *El místico no sólo tiene conciencia de la presencia de Dios, sino que la vive como una presencia enteramente original, con la que se siente inefablemente unido... Habiendo partido de la búsqueda de Dios en el fondo de uno mismo, se descubre al final que «Dios es nuestra morada», es decir, que el sujeto existe en él y vive por él.*<sup>18</sup>

Preguntado Arrupe, más tarde, ya General —y lo fue muchas veces—, sobre quién era para él Jesucristo, respondió inexorable e inalterablemente: *Para mí Jesucristo es todo. Y hoy le doy a usted la misma respuesta todavía con más fuerza y claridad: Para mí Jesucristo es todo. Así se define lo que representa Jesús en mi vida: todo. Fue y es mi ideal desde mi entrada en la Compañía; fue y continúa siendo mi camino, fue y siempre es mi fuerza. Pienso que no son necesarias muchas explicaciones de lo que significa esto: quitad a Jesucristo de mi vida, y todo se desplomará como un cuerpo al que se le quitara el esqueleto, el corazón y la cabeza.*<sup>19</sup>

La experiencia mística no ha de identificarse con otros fenómenos extraordinarios, comúnmente considerados como místicos: visiones, éxtasis físicos, sueños, levitaciones, etc... Son en todo caso, si se dieran, aspectos accesorios de la misma. No existieron —que nos conste— en el P. Arrupe.

Sus testimonios —otra característica de los místicos— no son retratos directos de lo que vio y oyó, o del que le llamó y por el que fue arrastrado, sino directamente de su propia percepción, la descripción de cómo experimenta el protagonismo inenarrable de Dios y sus efectos, el rendimiento final de su voluntad, y su asentimiento en la decisión de encaminarse a Loyola. Decisión, que comunica a sus hermanas *con una entereza, que Dios quiso darme en aquel momento, pero que apenas podía yo reconocer como mía.*<sup>20</sup> Decisión primera de una ininterrumpida cadena de «decisiones» en aceleración ininterrumpida e inalterable, y, más tarde, en ocasiones, imparable. Al menos para quienes debíamos acompañarle. «Decidir», «decisión» pertenecen desde entonces al vocabulario esencial de Arrupe.

---

<sup>18</sup> MARTÍN VELASCO, Juan de Dios, *Variedades de la experiencia religiosa*, en «Experiencia religiosa», Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid, Estudios Interdisciplinarios XV, 1989, p. 56.

<sup>19</sup> DIETSCH Jean-Claude, S.J. *Pedro Arrupe. Itineraire d'un jesuite*, o.c., p. 49.

<sup>20</sup> ARRUPÉ, P., *Este Japón increíble*, o.c., p. 19.

Pronto, al final de sus Ejercicios anuales del tercer año de jesuita, a sus 23 años, la segunda decisión, ya aludida, *el primer chispazo de mi vocación misionera* —una *clara visión*—,<sup>21</sup> la de ofrecerse al P. General para la misión del Japón: *Todavía recuerdo con claridad sin sombras el gesto con que el Padre, que daba los Ejercicios, aprobó mi decisión.*<sup>22</sup> Y empiezan a emerger cumbres significativas, aún por explorar, de este su itinerario místico. Tres años después, desterrado en Bélgica con los estudiantes jesuitas de la provincia de Castilla, madura la decisión, que coronará, como un Everest del espíritu, todas las demás cumbres decisorias de su vida, radicalizándolas, es decir, situándolas en el «extremo» del mayor amor posible, cada día. Es el compromiso permanente de *no mi voluntad, sino la tuya*, de su voto de perfección.<sup>23</sup>

Sonó así ya entonces:

*Magister adest et vocat te*

*Aquí vengo, Señor, para deciros, desde lo más íntimo de mi corazón y con la mayor sinceridad y cariño de que soy capaz, que no hay nada en el mundo que me atraiga, sino Tú solo, Jesús mío.*

*No quiero las cosas y gustos del mundo, no quiero consolarme con las criaturas y los hombres, sólo quiero vaciarme de todo y de mí mismo para amarte a Ti. Para Ti, Señor, todo mi corazón, todos sus afectos, todos sus cariños, todas sus delicadezas.*

*Quemadmodum desiderat cervus fontes aquarum, ita desiderat anima mea Te solum lesum meum!*

*Oh, Señor, no me canso de repetiros: nada quiero, sino amarte, nada deseo en este mundo, sino a Ti. Acuérdate que prometiste hacer llegar a una grande santidad a tus apóstoles y dar una eficacia especialísima a sus obras. Heme aquí, Señor, como verdadero conejillo de Indias, pronto a ser sometido a todos los procedimientos, para que se vean en él los efectos de vuestras promesas.*

*No arguyáis, Maestro mío, echándome en cara el que rehúyo vuestras disposiciones. Ya sabéis lo miserable que soy y contabais con ello al elegirme como apóstol vuestro.*

---

<sup>21</sup> *ibid.* p. 20.

<sup>22</sup> *ibidem.*

<sup>23</sup> Es el despliegue en el tiempo (cfr. nota 16), el desarrollo sin condiciones del «quiero y deseo y es mi determinación deliberada de imitaros» chispazo de la primera decisión: *Ejercicios Espirituales*, p. 98.

*Atadme, clavadme, si es preciso, pues, si en el momento de la prueba lo rehúyo, ya sabéis que es por lo miserable que soy; que buena voluntad no me falta. Confringe pulchritudine et amore tuo carnes meas et animam meam. Concédeme una correspondencia fidelísima a vuestras inspiraciones y exigidme mucho con ellas. Cumplid, Señor, vuestras promesas. Haced que os ame como el que más. Concededme estar siempre con Vos y como Vos. Os lo pido por tantas almas como se salvarán, si esto me concedéis.*

*Oh, Madre mía, concededme gozo en las humillaciones y que viva alegre en medio de ellas, por considerarlas como la gran distinción, el gran beneficio, el signo de especialísima predilección de Jesús, que me quiere muy cerca: con Él y como Él. Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete. Laetatus sum in his quae dicta sum mihi. VIII.33.<sup>24</sup>*

Salta a la vista la, llamada por algunos, «agresividad del lenguaje místico», presente en lo desinhibido del estilo, en la búsqueda y acumulación de términos, estirados al máximo de su significado, en el recurso a llamativas metáforas y parábolas de fabricación propia. El místico, enjaulado en mediaciones, «que no saben decirme lo que quiero»,<sup>25</sup> ni me ayudan a comunicar lo que siento, expresa así su permanente insatisfacción interior por lo que percibe como una total desproporción entre lo que vive y los medios de transmitirlo. Y esto tanto para significar la *unión* —esencia de la relación mística (ver la afectividad de todo el texto, el uso del posesivo «mío»...)—, como la *entrega*, en la que el místico experimenta gozosamente su voluntario dejarse absorber por el Misterio («como verdadero conejillo de Indias, atadme, clavadme...», que le remite a sus experiencias de laboratorio en la facultad de medicina).

El corazón de esta decisión y, a la vez, desahogo íntimo de Arrupe con el Señor es el *sólo quiero vaciarme de todo y de mí mismo para amarte a Ti*; que lo es también de su voto de perfección, compromiso, hecho por grandes creyentes y reconocido por la Iglesia, de disponibilidad a Dios sin condiciones, pero no disponibilidad de aceptación pasiva, sino compromiso de vivir buscando activamente la voluntad del Señor en todo —la totalidad es otro sello místico—. La suya propia no existe más que para esta búsqueda y, naturalmente, para su realización.

---

<sup>24</sup> Archivo Curia S.J. Roma. Fondo Arrupe. Documentos legados por el P. Jesús Iturriz, S.J.

<sup>25</sup> S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual* [6].

La percepción —más allá de los cauces habituales del saber humano, «*toda ciencia trascendiendo*»,<sup>26</sup> del Misterio de Dios acercándose al hombre en su Hijo es el surtidor interior de una vida, toda ella *disponibilidad* (a Dios y al ser humano) y *vaciamiento* (por Dios y por el ser humano), que Arrupe seguirá traduciendo en la cadena de decisiones conscientes y voluntarias, que forman la trama de su vida. Hasta el final. Herido de muerte, el 3 de septiembre 1983, tuvo valor para despedirse de la Compañía de Jesús con estas palabras reveladoras de lo que quiso ser, y fue, su vida: *Yo me siento, más que nunca, en las manos de Dios. Eso es lo que he deseado toda mi vida, desde joven. Y eso es también lo único que sigo queriendo ahora. Pero con una diferencia: Hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profunda experiencia*».<sup>27</sup>

Mística esencial ésta, sin duda; ahora cuando la «decisión» le corresponde entera a Dios, la búsqueda de su voluntad la expresa en este su entero abandono voluntario. Ésta fue su última decisión. La habían precedido muchas. La inculturación, por ejemplo, su primer objetivo misionero, entendida como su radical inmersión, por vaciamiento personal a fondo, en la cultura japonesa hasta *pensar con la cabeza del otro...*, fue opción permanente. Más todavía, desde que fue nombrado maestro de novicios: *¿Cómo puede formar un español a jóvenes jesuitas japoneses?* O la decisión de su inmersión y la de sus novicios en el crematorio de Hiroshima, apenas recuperado, entre los escombros, del terremoto de la primera bomba atómica: *Me fui a la capilla, para pedirle al Señor luz en aquella oscuridad terrible que nos abrumaba. Por todas partes muerte y destrucción. Nosotros aniquilados en la impotencia. Y Él allí, en el Sagrario, conociéndolo todo, contemplándolo todo y esperando nuestra invitación para que tomase parte en la obra de reconstruirlo todo... Salí de la capilla y la decisión fue inmediata*.<sup>28</sup> Y ya no vivió durante largos meses para otra cosa, que para esta larga noche.

No fue ésta la única experiencia de noche oscura —categoría común de los místicos cristianos—, ni la más profunda, de su vida. Haciendo balance de sus años de *vaciamiento encarnatorio* misionero,

---

<sup>26</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación*: «Y si lo queréis oír / consiste esta suma ciencia / en un subido sentir / de la divina esencia; / es obra de su clemencia / hacer quedar no entendiendo / toda ciencia trascendiendo».

<sup>27</sup> ARRUPE Pedro, S.J. *Mensaje al presentar su renuncia*, Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús, Ediciones Mensajero, Bilbao, 1984, p. 108.

<sup>28</sup> *ibid.*, p. 176.

escribirá una de las más bellas páginas, que, por un lado, revelan el acrisolamiento interior extraordinario de su disponibilidad y, por otro, transparentan la inmediatez mística de su relación con Dios. Escribe:

*La sensación absorbente de entonces era la de encontrarnos aislados: un muro apretado e inabordable nos ceñía por todas partes. Nuestro trabajo era un desesperante derroche de energía, y el resultado práctico, cuando veíamos alguno, era a todas luces desproporcionado...; unos cuantos bautismos, cuyo número, si llenaba los dedos de una mano, llamábamos éxito sin precedentes... Nuestra oración era entonces la de la entrega absoluta a los planes de Dios. De ella brotaba la alegría de saber que estábamos en el puesto que Él quería y el convencimiento de una sobrenaturalidad lo más grande posible con la que pudiéramos reconocer en este fracaso externo la realidad de nuestro éxito sobrenatural.*

*Pero eso no bastaba. Había momentos de desaliento, que tenían un solo antídoto eficaz ir avanzando hasta el fondo del problema, hasta la raíz de todo este misterio de salvación de las almas, hasta el mismo Corazón de Cristo: postrarme en el tatami de nuestra pobre capilla, como Él en el suelo de Getsemaní, buscando consuelo, con Cristo, en la oración desconsolada: —Padre, si es posible... ¡Pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya!*

*Pero la resignación a esta voluntad divina quizá no sea mayor problema en todo aquello que se refiere a nosotros. Al fin y al cabo hemos querido dárselo todo a Cristo. Pero ¿y la salvación de las almas. Éste es el punto de verdad difícil para quien entiende lo que valen. San Francisco Javier, también en aquel Yamaguchi pidió almas. Yo las pedía también y sentí en el fondo del alma la consigna de lo alto: —«Hasta en esto de la salvación de los hombres, hágase la voluntad del Padre». ¿No fue ése también el sacrificio más costoso de Cristo en el Huerto?»<sup>29</sup>*

«Elegido por Dios para ser General de la Compañía *ad vitam*...».<sup>30</sup>

Así comienza sus notas privadas de los Ejercicios Espirituales, dos meses y medio después de elegido General —agosto 1965—, apenas le dejó un mínimo respiro el fin de la primera sesión de la Congrega-

---

<sup>29</sup> *ibid.*, pp. 297-298.

<sup>30</sup> ARRUPE Pedro, S.J. *Aquí me tienes, Señor! Apuntes de sus Ejercicios Espirituales (1965)*, introducción, transcripción y notas de Ignacio Iglesias S.J., Ediciones Mensajero, Bilbao, 2002, p. 47.

ción General XXXI. Su punto de partida personal es claro: la elección la han materializado los hombres, pero el verdadero elector ha sido Dios. Su autoconciencia del nuevo sujeto Arrupe surgido de esa elección la formula así a renglón seguido: *Todos los dones y gracias no me han sido dados para mí, sino para la Iglesia y para la Compañía. También los defectos deben ser considerados bajo esa luz y ver que debo corregirlos y evitar sus perniciosos efectos... La unión con Cristo y su constante comunicación es de una necesidad absoluta. De ella depende el bien de la Compañía. Es necesario llegar a una identificación lo más perfecta posible. Naturalmente exige también mucha discreción de espíritus, para no equivocarme y tomar por inspiración de Dios lo que es de mi espíritu propio...*

La terminología mística espontánea en todos los apuntes de esos Ejercicios, *unión*, *identificación* y la preocupación por no mezclar «espíritus», ni confundir voluntades, hasta ahora vividas en singular, comienzan desde ahora a ser trasladadas a ese sujeto nuevo, que se siente ser, del que ha tomado posesión la Compañía de Jesús entera, por voluntad de Dios. La Compañía de Jesús no es un «tu» distinto, sino un «yo» nuevo al que alarga su *sólo quiero vaciarme de todo y de mí mismo...* en el «hacerse todo a todos» de su inculturación personal en el interior de la misma Compañía de Jesús y, con ella dentro, en el mundo.

Inmediatamente, al día siguiente de concluido el Concilio, y todavía sin terminar la Congregación General que le eligió, tomó la primera decisión de averiguar como Compañía «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre? (Mt 16, 13), dónde y cómo está el mundo respecto a Dios. Para ello pone en marcha ese mismo día una investigación sociológica, que había de hacer la Compañía de Jesús en todas las partes del mundo donde se hallaba presente. La segunda decisión fue hacer su maletilla y ponerse él mismo en camino a conocer lo que le era desconocido: África, el Próximo Oriente.

Imposible recorrer, ni siquiera a grandes rasgos, la cadena de decisiones —de enorme envergadura muchas de ellas—, a las que lleva a Arrupe su continua experiencia de *buscar* → *hallar* → *sentir* → *cumplir* la voluntad de Dios —itinerario 100/100 de mística ignaciana. Otros lo han contado este mismo año con rigor histórico.<sup>31</sup> Arrupe, sorprendentemente por sorprendido, fue imprevisible siempre, como un hombre llevado

---

<sup>31</sup> Prof. GIANNI LA BELLA (ed.), *PEDRO ARRUPE General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, Ediciones Mensajero—Editorial Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2007, p. 1077.

por Otro, más allá de lógicas y cálculos humanos y aun de la pura reflexión cristiana. Un aventurero de objetivos nuevos, inabarcables, pero en los que no se embarca solo, sino acompañado e iluminado.

Impresiona la mera enumeración de algunos de estos objetivos: acelera en Asia Oriental y África el desenganche entre evangelización y colonización, entre misiones y Provincias-madre occidentales, desconectando las primeras de las segundas; despierta, nada más comenzar su generalato, a las provincias de USA, en plena crisis de racismo nacional, a *crear en todo espectro de instituciones y prácticas de la vida americana, una atmósfera en la cual sean reconocidos, respetados y protegidos los derechos de todos*; deslinda y reorienta en un lúcido discernimiento situaciones explicablemente ambiguas en el compromiso radical con los pobres en zonas de América Latina; reaviva, a cuatro siglos de distancia, el rescoldo de la *inculturación*, entonces no comprendida, que intentaron los primeros jesuitas misioneros de la India y China en el siglo XVII; ahora Arrupe la vive y promueve como la evangelización esencial, desde su comprensión de la Encarnación, como *inculturación* de Dios; conscientemente sube a la cruz (una nueva *noche oscura* que apenas exterioriza<sup>32</sup>) de ser incomprendido por los fanáticos de la fidelidad sin renovación y los de la renovación sin fidelidad, a fin de impulsar en la Compañía de Jesús y en la Vida Religiosa el aliento nuevo del Concilio; entra y hace entrar a la Compañía en el diálogo ecuménico e interreligioso y con los no-creyentes; o finalmente —por poner algún fin—, en una de sus fulminantes decisiones, moviliza a la Compañía hacia lo que había de ser en el futuro, ahora ya bien presente, el frente humano del desarraigo de las migraciones y de los refugiados...

Aludo apenas al lenguaje de su palabra: la de su oración y la de su doctrina, simultáneo al lenguaje de los hechos. Es fácilmente verificable cómo treinta años después, ya General, se afirma en la que hemos mencionado cumbre mística de su voto de perfección: *si siempre, ahora adquiere una actualidad especialísima el voto de perfección; ahora tengo que observarlo con toda diligencia, pues en esa diligencia en observarlo estará también mi preparación para oír, ver y ser instrumento del Señor: que es cumplir en todo con su voluntad.*<sup>33</sup>

Su lenguaje místico es idéntico, si cabe, más acendrado y radicalizado. Cuando no formula para otros, sino para sí mismo, en las notas pri-

---

<sup>32</sup> ARRUPE Pedro, S.J., «Oración de súplica. Entre el desconcierto y la confianza». (17 junio 1976), en *La Identidad del jesuita...*, o.c.

<sup>33</sup> ARRUPE P., *¡Aquí me tienes, Señor!* o.c., p. 70.

vadas de sus primeros Ejercicios como General, la pluma corre, espontánea y descuidada a la vez, sobre todo, para expresar la hondura de su relación personal con el Misterio del Dios que se acerca al hombre haciéndose hombre: *unión, comunicación, familiaridad, identificación, contacto íntimo, amor reparador, presencia* (la eucarística será uno de los lugares teológicos preferidos de esta relación), *oración lo menos estorbada posible* («preferentemente de noche»), *oración larga y oración breve, intimidad, «único, verdadero, perfecto amigo, mi «alter ego»...*

Todo nacido, no de un repliegue intimista, todo lo contrario, sino de una intimidad misionera, en función de los otros, «*para los demás*», con el mundo no sólo delante, sino dentro, urgiéndole. ¿De dónde, si no, la luz y el calor de sus numerosos análisis cristianos de la realidad..., de los que sale retado y, personalmente, como buen samaritano, más llamado y más «enviado»?<sup>34</sup> Un místico no tiene por que ser un eremita; lo que no impide que un eremita pueda ser un místico. En todo caso esa mística cristiana, por la que Arrupe se experimenta llevado a un vaciamiento personal entero por un mundo, que quisiera abarcar y abrazar, al eremita le hace serlo por el mundo.

A esta relación mística pertenecen, como «lugares teológicos» personales preferenciales, la *Eucaristía*<sup>35</sup> y, sintetizándolo todo, el *Corazón de Cristo*, no como una forma de devoción, en el sentido popular del término, sino como *visión interior fontal del Misterio de Dios, centro del misterio cristiano, clave interpretativa de la Historia, un nuevo concepto del amor, nuestro acceso a la Trinidad*, expresiones en las que Arrupe se esfuerza por conceptualizar lo que para él es irrenunciable como Absoluto.

Finalmente la palabra de su doctrina precedida, precedida, como la de Jesús, de su vida. El místico propiamente no da doctrina, sino comparte una experiencia, la suya; pero reflexionando sobre «lo que ha visto y oído», puede llegar a expresarse en términos que podríamos decir doctrinales. Imposible recorrerla toda, pero, al menos, asomarnos

---

<sup>34</sup> *ibidem*, p. 33.

<sup>35</sup> *La vida mística cristiana tiene en la Eucaristía su centro absoluto, su fuente y su meta, mientras peregrina por este mundo que pasa. En la Eucaristía se verifica la comunión de Dios con la criatura, es la máxima realización mística de la unión entre Dios y la persona humana... Centrar la mística cristiana en la Eucaristía conduce a una relación concreta y particular con el misterio. La transcendencia y la inmanencia se abrazan, el anhelo último de trascender el ser humano recibe aquí una respuesta inaudita...* KAUFMANN Cristina: *Mística, en Conceptos fundamentales del Cristianismo*, o.c., pp. 824-825.

a su centro. No es otro que el Misterio de un Dios-Amor humanizado en su Hijo. De él hace fluir Arrupe, en forma de doctrina, la Vida que ha experimentado y es su vida, y siente que es la de la Compañía, que no nació de una doctrina, sino de una experiencia, la de Ignacio, que Arrupe se desvivió porque la reviviera la Compañía de Jesús.

*San Ignacio, escribe, en sus experiencias místicas llegó a la comprensión profundísima del concepto de «misión», a partir del misterio mismo de la Trinidad. Citando a San Ignacio en su Diario: «En esto viniéndome otras inteligencias, es a saber, cómo el Hijo envió primero en pobreza a predicar a los apóstoles y después el Espíritu Santo, dando su espíritu y lenguas les confirmó y así el Padre y el Hijo enviando el Espíritu Santo, todas tres personas confirmaron la tal misión», continúa Arrupe: Para San Ignacio la misión es la extensión «ad extra» de la inspiración «ad intra», intratrinitaria, del amor infinito personal, el Espíritu Santo. La extensión «ad extra» comienza con la misión del Verbo para hacerse hombre y redimir el género humano: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad» (Hbr 10, 9).<sup>36</sup> No es teología, en el sentido común del término; es experiencia infusa, que rebosa teología.*

Ahí conecta Arrupe en lo más profundo con Ignacio. Porque, aunque la experiencia mística es personal e intransferible, sin embargo es contagiosa. Dios enciende con ella otras posibles, como regalo, siempre personalizado, que es toda experiencia mística. Arrupe traduce y resume para sí mismo la de Ignacio, no por estudio, sino por vivencia propia: *Para Ignacio, la clave del Evangelio se encuentra en la persona de Cristo y en su condición de «enviado» del Padre en misión al hombre, que importa la encarnación —identificación con ese hombre—, y la muerte por el hombre... El Jesucristo del Evangelio es visto y sentido en los Ejercicios como el Cristo pobre, humillado, siervo obediente al Padre; como el Cristo de la kénosis, hecho como uno de tantos, como el hombre al que debe redimir; como el Cristo de las Bienaventuranzas y de la cruz.<sup>37</sup>*

De la «identificación» con este Cristo, rasgo inconfundible de la personalidad mística de Arrupe, derivan vivencialmente los dos grandes polos del eje de su vida: la *disponibilidad*, que mira al Padre, y la *inculturación*, que mira al hombre; que, a su vez, como polos del mismo eje, son intercambiables: la disponibilidad puede decirse una inculturación

---

<sup>36</sup> ARRUPPE, Pedro, S.J. «La misión apostólica, clave del carisma ignaciano» (7.11.1974), en *La Identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae. Santander, 1982, p. 108.

<sup>37</sup> *ibid.*, p. 109.

en Dios y la inculturación una disponibilidad al ser humano, a sus po-  
brezas, por las que el Amor, que es Dios, determinó encarnarse, «hacer  
redención». <sup>38</sup>

A ambas dedicará Arrupe dos de los capítulos «doctrinales» más ins-  
pirados e inspiradores de su servicio de General. La *disponibilidad* es para  
él el corazón de nuestra identidad de jesuitas: *Es el rasgo que impresionó  
a Ignacio como «caracterizante» del HIJO y del jesuita que cree en el  
Hijo, destinado a reproducir hoy su imagen.*<sup>39</sup> Y ve la inculturación como  
la *encarnación de la vida y el mensaje cristiano en un área cultural con-  
creta, de manera que no solamente esta experiencia se exprese con los  
elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una  
adaptación exterior), sino que además esta experiencia se transforma en  
un principio de inspiración, a la vez que norma y fuerza de unificación,  
que transforma y recrea esa cultura. La inculturación es así el origen de  
una nueva creación.* Naturalmente —y habla desde su experiencia real y  
mística—, si esa corriente transformante del Espíritu pasa previamente  
modificando desde dentro nuestra vida personal. *Es lo que pudiéramos  
llamar «inculturación personal interior», que necesariamente debe prece-  
der, o al menos acompañar a la tarea externa de la inculturación.*<sup>40</sup>

Ambas, *disponibilidad* e *inculturación* constituyen lo que sólo por  
analogía podemos llamar nuestra «encarnación», alargamiento, a me-  
dida de ser humano, del vaciamiento (kénosis) de la Encarnación, la  
revelación escogida por Dios. Y ambas alimentan de discernimiento la  
relación con el Misterio de Dios en sí y en la historia humana. *Discer-  
nimiento*, que no es una técnica, sino el ejercicio vivo de una fe, que  
sólo es fe cuando rompe a amar (Gal 5.6). Es el discernimiento el que  
unifica, desde el corazón de cristiano, la proclamación de una fe que  
incluye necesariamente la promoción de la justicia.

Tal como Arrupe lo promueve siguiendo las huellas de Ignacio y  
con él las de Jesús, el *discernimiento* es una mirada conjunta a Dios  
y a la historia: búsqueda de lo que han hecho, hacen o pueden hacer  
conjuntamente la voluntad de Dios y la del hombre y deslindamiento  
de dónde ésta se divorcia de aquélla a impulso del ansia secreta del  
hombre de ser como Dios. En sus niveles más nobles puede hablarse

---

<sup>38</sup> *Ejercicios Espirituales*, 102, p. 107.

<sup>39</sup> ARRUPE Pedro, S.J. «Carta sobre la disponibilidad» (19.10.1977), en *La Identidad...* o.c., pp. 240-246.

<sup>40</sup> ARRUPE Pedro, S.J. «Carta sobre la Inculturación» (14.05.1978), en *La Identidad...*, o.c., pp. 95-102; cfr. también IGLESIAS Ignacio, S.J. *Pedro Arrupe: La Inculturación, clave de la «nueva» evangelización*, en *Sal Terrae*, octubre 2007, pp. 753-765.

del discernimiento como de una verdadera experiencia mística, de ésas a las que Rahner se refiere como indispensable para que cristiano del futuro lo sea.<sup>41</sup> En realidad, es el estilo cristiano de caminar.

Este regalo trinitario, triple y único a la vez: *disponibilidad discernimiento inculturación*, nacido de la experiencia mística del Enviado a vaciarse por el ser humano, es el legado místico más importante, como proyecto humano, de Arrupe a la comunidad cristiana —singularmente a la Compañía de Jesús—, y a la cultura de su siglo y de los siguientes. Lo quintaesencia él mismo —¿cómo no aludir siquiera a ello?—, en el «corpus» final de su visión de la espiritualidad ignaciana, que fue entregando como testamento doctrinal, en los tres últimos años de su generalato activo. En «El modo nuestro de proceder» (1979)<sup>42</sup> *partió del carisma ignaciano* «descendiendo» *por diversos niveles de aplicación a las* «cambiadas condiciones de los tiempos» (encarnación–inculturación). En «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano»<sup>43</sup> (1980), *al contrario, partiendo también del carisma de Ignacio, se* «remontó» *hasta lo más alto: su intimidad trinitaria* en misión redentora al mundo (*disponibilidad*). Hoy (en «Arraigados y cimentados en la caridad», 1981) *me propongo ahondar hasta el «centro» de esa suprema experiencia ignaciana: la realidad de que Dios es caridad. Porque en mi opinión ésa es la última e irreductible síntesis de cuanto Ignacio ha aprehendido en esa privilegiada intimidad trinitaria a la que ha sido invitado: La unión divina entre el Padre y el Hijo como comunidad de amor, culmina en la relación de ambos con el único Espíritu. Ésa es, por consiguiente, la última raíz, el último cimiento, del carisma ignaciano, el alma de la Compañía*<sup>44</sup> (el don de Dios de la «discreta caridad», esto es, el amor que discierne y rotura el camino cristiano).

## Para el siglo xxi

Si hubiéramos de etiquetar (soy consciente del inmenso riesgo de hacerlo) la mística de Arrupe, diría que nace de la *experiencia mística*

---

<sup>41</sup> RAHNER Karl, «Elemente der Spiritualität der Kirche der Zukunft» en *Schriften zur Theologie, XIV*, Einsiedeln, Benziger, 1980, p. 375, p. 161.

<sup>42</sup> ARRUPE Pedro, S.J. «El modo nuestro de proceder» (18.01.1979) en *La Identidad... o.c.*, pp. 49-82.

<sup>43</sup> ARRUPE Pedro, S.J. «La inspiración trinitaria del carisma ignaciano» (8.02.1980), en *La Identidad... o.c.*, pp. 391-435.

<sup>44</sup> ARRUPE Pedro, S.J. «Arraigados y cimentados en la caridad» (*Ef 3, 17*)(06.02.1981) en *La Iglesia de hoy y del futuro*, Ed. Mensajero–Sal Terrae, Bilbao–Santander, 1982, p. 728-765, p. 728.

fontal de la Encarnación, por la que Dios irrumpe, mediante su Hijo, con su voluntad salvadora en la historia. Arrupe se experimenta, a la vez, desbordado y absorbido en esa Encarnación. Se deja voluntariamente absorber y se incorpora voluntariamente a cooperar a prolongarla, a medida de criatura, ella misma en salvación. Injerta para ello su *entera disponibilidad para la misión en la del Hijo*, (Jn 6, 38-39), y alarga en su *vaciamiento* (kénosis) *por el hombre —inculturación—*, el lenguaje revelador por excelencia, para dar a conocer a Dios. Él *se hizo uno de tantos* se alarga en el *hacerse todo a todos*, que para Arrupe es el alma de la inculturación. El hilo que hilvana permanentemente el recorrido de esta experiencia de disponibilidad (a Dios y al hombre) y vaciamiento (por Dios y por el hombre) es el *discernimiento*.

Aquí funde Arrupe su raíz con la de Ignacio de Loyola. Lo que justifica considerar a Arrupe como uno de los mejores y más actuales intérpretes de la mística de Ignacio de Loyola. Pero Arrupe la reinterpreta desde el siglo xx y pone nombre nuevo a los tres ingredientes específicos de esta mística, —ya en germen en Ignacio de Loyola—, que constituyen su principal legado a la humanidad y a la Iglesia de cara a este siglo xxi : *disponibilidad–inculturación–discernimiento*.

- a) *disponibilidad sin condiciones* (a un Dios apasionado y al hombre, objeto del apasionamiento de ese Dios), a la que da forma y compromiso personal con su temprano *voto de perfección*. Es precisamente este voto el signo de que Arrupe la concibe y la vive como una disponibilidad activa, compromiso de exploración y lectura permanente de los signos de Dios en una realidad humana tan vertiginosamente cambiante. El cambio, como fuerza histórica sin precedentes, le subyuga, le atrae... Es su música preferida, ya desde misionero, pero, mucho más, como General. Lo que le hace vivir su mística de misión como *mística de elección y decisión permanente*.
- b) su detector de signos de Dios en estos cambios es el *discernimiento*. Es justo afirmar que ha sido Arrupe uno de los cristianos que más han contribuido a promover, enseñar y vivir el discernimiento, en nuestros días, como el estilo de caminar cristiano orientando su mirada al mundo desde su mirada a Dios.<sup>45</sup>

---

<sup>45</sup> IGLESIAS Ignacio, S.J. *Una aportación del testimonio y magisterio de Pedro Arrupe: el discernimiento espiritual*, pp. 243-263, en *Testigos del s. xx, Maestros del s. xxi*, coord. por Paulino Castañeda Delgado y Manuel J. Cociña y Abella, XIII Simposio de Historia de la Iglesia en España y América, Sevilla 8 de abril 2002, Academia de Historia Eclesiástica, Publicaciones Obra Social y Cultural Caja Sur, Córdoba, 2003, p. 543.

Arrupe no contempla a un Dios ajeno a este mundo, ni quiere saber de otra contemplación de este mundo que de la contemplación misericordiosa de un Dios que lo crea y lo redime permanentemente.

- c) Contemplación necesaria para acertar con la «encarnación» individual y corresponsabilizar sobre la «encarnación» colectiva, que es *la inculturación personal interior, que necesariamente debe preceder o, al menos, acompañar a la tarea externa de la inculturación*.<sup>46</sup> Bien mirada, esta inculturación, que pasa por el vaciamiento («hacerse todos a todos») del evangelizador, es intuida por Arrupe como la esencia de la nueva evangelización, que no ha de gravitar tanto sobre estrategias y técnicas humanas, que sólo tienen carácter instrumental, sino sobre un cambio de paradigma más próximo al de la primera evangelización, al que es esencial la kénosis real de todo evangelizador.

Finalmente, la pregunta clave: ¿Cuál es el rol de un místico como éste en un mundo como éste? Nada extraño que un mundo que, desde su pragmatismo, mide realidades, funciones y personas por resultados cuantificables, se atreva a afirmar de un místico que es un parásito social. Pero sería injusto no descubrir que todo el desbordante compromiso de Arrupe con el mundo, la Iglesia, la Vida Religiosa, la Compañía de Jesús, que se desvió por abrazar y abarcar, compromiso del que podemos vivir, si queremos, y que está en nuestras manos incrementar, brotó del surtidor de la experiencia mística recorrida muy en breve en estas páginas. Una experiencia mística cristiana —y más con las características singulares de ésta— no puede ser ajena al mundo de Dios. Junto con el discernimiento, que es uno de sus componentes esenciales; el contraste con la comunidad de los creyentes, al que gustosamente se somete el místico; y la verificación, por el Evangelio, de las obras, a las que se siente llevado, el que la *experiencia* no encapsule al místico sobre sí mismo, es sello de autenticidad, certificado de denominación de origen, de la mística cristiana.

Arrupe, como Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Carlos Foucauld, Teilhard de Chardin, Edith Stein —que, por diversos motivos le fueron familiares—, fue un hombre, a quien el corazón en el cielo le hizo hundir más y más sus pies en esta tierra, vivir para ella y morir por ella, *hombre para los demás*. Nada de lo que vivieron, intuyeron, impulsaron,

---

<sup>46</sup> ARRUPE Pedro, S.J. «Carta sobre la Inculturación» (14.05.1978), en *La Identidad del jesuita...*, o.c., p. 100.

ron, arriesgaron, animaron los místicos, en definitiva por otros, hubiera sido posible sin su condición de místicos.

Y es que a un mundo, como el de nuestro siglo XXI, en el que el ser humano, en sus endiosamientos, se afana por ignorar, ocultar, incluso negar al Necesario y, al hacerlo, ignora, oculta, e incluso niega su propia dignidad y la de los demás seres humanos, hasta el extremo de sentirse no sólo capaz, sino hasta justificado para destruirla, le hacen falta, de urgencia, los hombres y mujeres del Necesario, que, por serlo,

(A) 1.º Hagan experimentable en sus propias personas la máxima dignificación de la persona humana; tanto que, para rescatar la de sus hermanos, todos los seres humanos, de sus esclavitudes más profundas—su libertad es la primera víctima de sus libertades—, no dudan en pagar, como precio justo, el de sus propias vidas. Detrás de toda pequeña o grande revolución humana que se mueva en esta clave evangélica de liberación de la persona como persona, hay con toda seguridad un místico.

*La mística cristiana nos presenta una imagen del ser humano en plena comunión amorosa con su origen y su meta. «Todo cristiano tiene que ser un místico» se debe entender en el sentido de que todos deben caer en la cuenta de que Cristo les ofrece una vida de amor y comunión con Él en la comunidad de los creyentes y en la ancha comunidad de todos los hombres, una vida de relación personal, única, en la que confluyen todas las fuerzas de la persona y en la que todos los acontecimientos, la vida entera, son transparentes hacia esta unión amorosa con Él. Todo cristiano debe cultivar su capacidad de percepción de este misterio en su vida, educar sus afectos y cualidades para esa transparencia y unificar su amor para acoger el amor de Cristo y transmitirlo a toda la creación. Todo cristiano debe aspirar a la experiencia mística, es decir, preparar el camino con una voluntad de «interiorización, concentración y dominio de sí», para que sea sujeto apto para la experiencia personal y personalizadora de Dios.<sup>47</sup>*

2.º Que revelen al Dios, que han conocido de inmediato, precisamente por su entrega inmediata a la persona humana, centro del interés de Dios. A cualquiera. A todas. Se puede opinar sobre si la persistente sequía mística de nuestro mundo y de nuestra Iglesia es raíz o es efecto de la desertización religiosa invasora que experimentamos y de la deshumanización que padecemos. Mi opinión personal es que es

---

<sup>47</sup> KAUFMANN Cristina, art. y o.c., p. 821.

raíz. Cuando las fuerzas autoendiosadoras e idólatras del ser humano se desatan incontroladas, mal puede controlarlas quien es causante y primera víctima de este descontrol. Sólo hombres y mujeres del «sólo Dios basta!» son capaces de humanizar lo deshumanizado. Humanizar exige sanear, curar, el núcleo de la persona. La humanización del místico actúa sobre este núcleo, como sagrado que es, respetándolo, no robándole lo que el hombre ha acumulado allí como su tesoro, incluso para «defenderse» de Dios, sino sustituyéndolo por ese mismo Dios, fuente original de todos los valores que dignifican al ser humano.

3.º) Que desenmascaren el falso contencioso entre el reconocimiento de Dios y la afirmación del hombre, como si se tratase de enemigos, incompatibles y mutuamente excluyentes entre sí; solamente hombres y mujeres de la experiencia de un Dios que quiere que todos los hombres se salven y que lo quiere «humanizándose», son capaces de mostrar en forma creíble que no se puede afirmar a Dios sin afirmar al hombre, ni al hombre sin afirmar a Dios. Es el momento histórico para místicas «encarnatorias», como la de Pedro Arrupe, mística del *quiero vaciarme de todo y de mí mismo por amarte a Ti...*, místicas de la «humanización» máxima, la de Dios, Desde el primer momento, el camino de este vaciamiento por hacer el querer único de Dios, lo tiene muy claro; no es otro que el de su propio vaciamiento en el ser humano y por él: *la consigna está dada ya hace muchos siglos por San Pablo: ¡Hacerse todo a todos!*<sup>48</sup> La inculturación, como la vive y la concibe Arrupe, no es una técnica de evangelización, sino su esencia.<sup>49</sup> La revelación, por humanización, es la que escoge Dios, para mostrar al hombre el camino de su «divinización» (realización) posible.

4.º) Hombres y mujeres, a quienes su contemplación misericordiosa de este mundo, les capacita para detectar todo lo positivo que hay en el ser humano hoy, para apoyarlo, independientemente de otras consideraciones humanas, incluso de su adscripción religiosa o no, y para dedicarse a hacerlo crecer y a ayudarlo a superar lo que lo destruye como persona. En esta contemplación radica el optimismo de toda mística cristiana. Arrupe no dudó en confesar: *Soy radicalmente optimista, porque creo en Dios y en el hombre.*

(B) En la comunidad de los creyentes.

---

<sup>48</sup> ARRUPE Pedro, S.J. *Este Japón increíble*, o.c., p. 289.

<sup>49</sup> IGLESIAS Ignacio, S.J. *Pedro Arrupe: La inculturación, «clave» de la nueva evangelización*, en Sal Terrae, o.c., p. 765.

a) Un místico, como Arrupe, por el mero hecho de serlo, sirve despertando a una Iglesia durmiente, que lo es, cuando difumina sus contornos, los de «estar en el mundo sin ser del mundo» y, por desdibujarse en éste, se queda sin Palabra. Una Iglesia despierta es una Iglesia que vive preguntando a Dios y al mundo, preguntándose sobre Dios y sobre el mundo y dejándose preguntar por Dios y por el mundo, en permanente lectura del tiempo y de sus signos como tiempo y signos de Dios. El místico, como viento de Dios, soplando sobre las cenizas de una Iglesia tibia, que ha dejado de ser fuego y se conforma con ser rescaldo, aviva el «fuego que su Maestro vino a traer a la tierra y coopera a su deseo de que arda» (Lc. 12, 49).

b) El místico tiene, además, en la Iglesia la función de reequilibrar y corregir el corrimiento, de hecho inevitable, de su alma «espiritual» hacia el «cuerpo» institucional visible, necesario en toda «encarnación». Periódicamente en la historia Dios ha suscitado hombres y mujeres, rebosantes de la «razón» de todo ser humano —Dios mismo—, que no solamente hacen lo que hay que hacer en cada momento y lo enseñan, sino que, en fuerza de su experiencia mística, avivan en el hombre, contagiándola, la «razón» para hacerlo.

c) Cuando Arrupe afirma que la evangelización está en sus comienzos, o Juan Pablo II reconoce que la misión cristiana no ha hecho más que comenzar, no es que nieguen lo que el Evangelio ha fructificado en 2.000 años, sino que apuntan, intuyéndolo, a este «nuevo» paradigma de una «nueva» evangelización, que no es principalmente la palabra, sino la vida vaciada del samaritano sobre el «hombre», el mundo, malherido (Lc 10, 33-34), es decir, que el cristiano retome más y más el paradigma divino de la revelación, la Encarnación. Es ahí donde el místico cristiano tiene su función insustituible.

Porque el místico cristiano vive su percepción de Dios, no como una experiencia consistente, como objetivo final, en sí misma, sino en función del anuncio del Dios necesario. Su mística, no desglosable de su vida, es imprescindible hoy para lo que alguien ha llamado «repensar la religión»: aligerarla de la armadura instrumental de medios, prácticas, estructuras, normas..., que un tiempo han podido hacer un servicio equivalente al de la Ley pedagoga (Gal 3,24-25), pero que hoy pueden ahogarla. Más aún, pueden sustituirla, constituyéndose insensiblemente en «religión», despojando a ésta de su esencia misma: el ser relación, re-ligación, personal con Dios. En ese desplazamiento es fácil encontrar el origen de no pocas incoherencias que tanto han dañado,

desde el principio hasta nuestros días, a la autoridad evangélica de la Iglesia y, finalmente, a la causa de Dios.

A lo mejor, podríamos resumir todo en una de las afirmaciones más reiteradas y conocidas de Arrupe: *El mundo es, decía frecuentemente, de quienes sepan ofrecerle horizontes y síntesis de sentido*. Es decir, de quienes saben ofrecer y ofrecen, vividos, «objetivos» por los que vale la pena vivir y «razones del corazón», motivos y convicciones, que hacen posible y gozoso vivir para conseguirlos. ¿No es eso lo que nos sigue ofreciendo un místico, como Arrupe, para los siglos, que él ya no llegó a vivir, pero soñó y preparó?

